

[Transcript] Un Libro Una Hora / 'Memorias de África', una fascinante crónica de una tierra inolvidable

Bienvenidos al podcast de Un libro una hora. En este episodio os vamos a contar Memorias de África de Karen Blixen. Karen Blixen nació en Dinamarca en 1885 y murió en 1962. Utilizó el pseudónimo de Isaac Dinesen para firmar algunos de sus trabajos. Es la autora de siete cuentos góticos, de cuentos de invierno, de vengadores angelicales, de sombras en la hierba y de Erengard que se publicó postumamente. En 1954 fue propuesta para el Premio Nobel de Literatura pero ese año lo ganó Ernest Hemingway. Memorias de África se publicó en 1937 y fue un éxito inmediato y es que es un libro delicioso, lleno de poesía y de paisajes maravillosos, de historias interesantes, emocionantes, sorprendentes y a la vez es un libro lleno de humor y de inteligencia empapado de amor por África y por sus gentes. No dejen de leerlo. Vamos allá.

La situación geográfica y la altitud se combinan para formar un paisaje único en el mundo. No es ni excesivo ni opulento, es el África destilada a 6.000 pies de altura como la intensa y refinada esencia de un continente. Los colores son secos y quemados como los colores en cerámica. Los árboles tienen un follaje luminoso y delicado, crecen en capas horizontales y su forma da a los altos árboles solitarios un aire romántico y heroico como barcos aparejados con las velas cargadas y los linderos del bosque tienen una extraña apariencia como si el bosque entero vibrase ligeramente.

La principal característica del paisaje y de tu vida en él era el aire. Al recordar una estancia en las tierras altas africanas te impresiona el sentimiento de haber vivido durante un tiempo en el aire. Allí arriba respirabas a gusto y absorbías seguridad y ligereza de corazón. En las tierras altas te despertabas por la mañana y pensabas. Estoy donde debo estar.

La montaña de Engón se extiende como una larga cordillera de norte a sur y está coronada por cuatro majestuosos picos que como olas inmóviles azul oscuro se recortan contra el cielo. Desde las colinas de Engón se tiene una vista única. Hacia el sur se extienden las vastas llanuras del gran cazadero que llega hasta el Kilimanjaro. Hacia el este y hacia el norte la región que es como un parque de colinas bajas con bosques detrás y el terreno ondulante de la reserva Kikuyu llega hasta el monte Kenia a cien millas de distancia.

En mi granja cultivábamos café. La tierra sin embargo era un poco demasiado alta para ello y resultaba muy difícil sacarlo adelante. Nunca nos hicimos ricos con el cafetal. Pero un cafetal es algo que se apudera de ti y no te suelta. Y siempre hay algo por hacer. Por lo general siempre estás atrasada en el trabajo.

La granja tiene seis mil acres de tierra y por tanto mucho terreno sobrante además del cafetal. Parte es bosque nativo y otros mil acres tierras de aparceros a las que llaman shambas. Los aparceros son nativos que con sus familias tienen unos cuantos sacres en la granja de un hombre blanco y a cambio trabajan para él un cierto número de días al año. La tierra de los aparceros tiene más vida que el resto de la granja y cambia con las estaciones del año. Cada familia kikuyu tiene varias cabañas pequeñas, redondas y puntiagudas y otras que sirven de almacén. El espacio entre las cabañas está lleno de vida y su suelo es duro como el cemento. Allí se muele el maíz, se ordeñan las cabras y corren los niños y las gallinas. Tenía además dos mil acres de pradera en la granja. Las altas hierbas corrían y huían como las olas del mar azotadas por el viento y los pastorcillos kikuyus apacentaban las vacas de sus padres. Nairobi era nuestra ciudad, a 12 millas de distancia, allá abajo

[Transcript] Un Libro Una Hora / 'Memorias de África', una fascinante crónica de una tierra inolvidable

en una porción de tierra llana entre colinas. Los barrios de los nativos y de los emigrantes de color son muy grandes en comparación con la ciudad europea. La ciudad su agílico ozade dudosa reputación es un lugar animado, sucio y chillón en donde a cualquier hora ocurren cosas. La ciudad Somali, en cambio, está más lejos debido al sistema Somali de aislamiento de sus mujeres. Durante toda su época africana, la baronesa Abliksen tuvo un criado Somali, Farah Aden. Los indios de Nairobi dominaban el gran barrio nativo del Bazar y sus grandes mercaderes poseen pequeñas villas en las afueras de la ciudad. Los Masai, la nación nomada y ganadera, son vecinos de la granja y viven al otro lado del río.

De vez en cuando, alguno venía a casa a quejarse de que un león mataba a sus vacas y me pedía que lo cazar. Lo hacía, sí podía. Algunos sábados, seguida de una alegre comitiva de jóvenes kikuyus, iba también a las llanuras de Orungi a cazar una o dos zebras para que las comieran mis jornaleros. Mataba pájaros en la granja, faizanes con espolones y gallinas de guinea, que eran una excelente comida. Pero durante muchos años dejé las expediciones de caza. Sin embargo, con frecuencia en la granja hablábamos de los safaris que habíamos hecho. Era agradable evocar ciertos recuerdos en

los momentos aburridos en la granja. Una manada de búfalos que emerge de la niebla matinal como si se fueran creando en ese instante. Una manada de elefantes que viaja por el espeso bosque nativo, pausadamente como si tuvieran una cita en el fin del mundo. Las girafas, con su curiosa e inimitable gracia vegetal como si no fuera una manada de animales sino una familia de flores enormes, raras que avanzan lentamente. Dos rinocelontes en su paseo matinal cuando resoplan y orisquiane del aire del amanecer. El león real antes del alba, bajo la luna menguante cuando cruza la paradera gris camino de casa, después de la matanza, con el rostro todavía rojo hasta las orejas. O durante la siesta, al mediodía, cuando reposa satisfecho en medio de su familia sobre la hierba corta.

En la espesura, uno aprende a recelar de los movimientos bruscos. La gente civilizada ha perdido la capacidad de estarse quieta y el arte de moverse suavemente, sin brusquedades. Es lo primero que debe estudiar el cazador. Debe mezclarse con el viento y con los colores y olores del paisaje y adaptarse al tempo de todo el conjunto.

Cuando atrapas el ritmo de África, te das cuenta de que es el mismo que el de toda su música. En cuanto a mí, desde mis primeras semanas en África sentí un intenso afecto por los nativos. Era un sentimiento muy fuerte, que comprendía a todas las edades y los dos sexos. El descubrimiento de las razas de piel oscura fue una magnífica ampliación de mi mundo. No era fácil llegar a conocer a los nativos. Eran rápidos de oído y evanescentes. Si los asustabas, en un segundo pudían retirarse a su mundo, al igual que los animales salvajes desaparecen ante un brusco movimiento que tú hagas. Simplemente ya no están ahí.

Lo señala Maribel Dienher en W Magazine. Memorias de África se publicó en 1937 en Dinamarca y recorre casi veinte años de Karen Blixen en África, donde tuvo una granja de café en Kenia cuando era colonia del Imperio Británico. Llegó en 1913. Era varonesa, tenía veintiocho años y acababa de casarse con su primo segundo, el varón Broer von Blixenfineke. Allí estuvo hasta comienzos de los años treinta, de donde tuvo que marchar con los sueños rotos sobre esa tierra y divorciada. Esto hace que el libro tenga ese tono de melancolía y retrato de la realidad africana, de una ilusión que se desvanece poco a poco a pesar de sus esfuerzos por retenerla y hacerla cumplir.

[Transcript] Un Libro Una Hora / 'Memorias de África', una fascinante crónica de una tierra inolvidable

Camante era un pequeño kikuyu hijo de uno de los aparceros. La varonesa se encontró con él la primera vez cuando iba cabalgando por la llanura de la granja y él estaba apacentando las cabras de su gente. Era el objeto más digno de piedad que se podía imaginar. Sus piernas estaban cubiertas de llagas abiertas desde los muslos hasta los talones. La varonesa hacía de médico para la gente de la granja casi todas las mañanas, de 9 a 10, así que le dijo a Camante que fuera a verla. Pero se dio cuenta de que no podía hacer nada con él, así que le llevó al hospital de la misión escocesa, donde estuvo ingresado tres meses. Cuando volvió a la granja empezó a trabajar como cuidador de perros, pero luego se convirtió en auxiliar de la varonesa y después en pinche de cocina y cuando esa, el viejo cocinero de la varonesa murió, le sustituyó y siguió siendo el chef hasta que la varonesa se marchó.

Lulu llegó a mi casa procedente de los bosques como camante había venido de las praderas. Lulu era una joven ejemplar de la tribu de los antílopes jeroglífico, tal vez el más bello de los antílopes africanos. Son un poco mayores que los gamos, viven en los bosques o en los chaparrales y son tímidos y fugitivos, de manera que se los ve menos que a los antílopes de las praderas. Lulu se convirtió en un miembro de mi familia.

Una mañana la varonesa iba en automóvil desde la granja hasta Nairobi, cuando unos cuantos chiquillos kikuyus le llamaron a gritos desde la cuneta y vio que le enseñaban una laga cела muy pequeña. Primero no les hizo caso ni alir ni al volver, pero por la noche se acordó de ella y le pidió a Farah que la buscara y la trajera a la granja. Era una hembra y la llamaron Lulu, que en su ajilis significa perla. Al principio era del tamaño de un gato. Lulu se adaptó a la casa y a sus habitantes comportándose como si fuera su hogar. Camante la crió con un biberón y la encerraba durante la noche porque había que tener cuidado ya que los leopardos rondaban la casa después de la tardecera. Lulu era el orgullo de la casa, hasta cuando se comportaba como una coqueta completamente desvergonzada. Pero una tarde, Lulu se marchó. La casa perdió su alegría hasta que Camante le dijo a la varonesa que Lulu se había casado. Una mañana, al amanecer, la varonesa la pudo ver. Ambas se miraron y luego Lulu se marchó. Volvía de vez en cuando. La Lulu de los bosques era un ser superior, independiente, dueña de sí. Un día, al volver de Nairobi, Camante me esperaba a la puerta de la cocina y se acercó muy excitado para decirme que Lulu había estado en la granja ese mismo día y traía consigo su toto, su bebé. Unos cuantos días después tuve el honor de encontrarla entre las cabañas de los criados muy atenta y sin ganas de juegos, en una cría muy pequeña detrás de ella, tan delicadamente torpe de movimientos como lo era la propia Lulu cuando la vi por primera vez.

Los dos antílopes, la grande y el pequeño, rondaron la casa todo el verano. Al principio de la siguiente estación de las lluvias, Lulu volvió con un nuevo cerbato. El vínculo entre Lulu y su familia y la granja duró muchos años. En los últimos años en África, la varonesa la vio cada vez menos. Los años en que Lulu y los suyos iban a la casa fueron los más felices de la vida en África de la varonesa. Por esta razón llegó a considerar su relación con los antílopes del bosque como una bendición y un signo de la amistad de África.

Teníamos muchos visitantes en la granja. En países de pioneros la hospitalidad es una necesidad de la vida no solo para los viajeros, sino para los colonos. Un visitante es un

[Transcript] Un Libro Una Hora / 'Memorias de África', una fascinante crónica de una tierra inolvidable

amigo. Nos trae noticias buenas o malas, que son el pan de las mentes hambrientas en los lugares aislados. Un verdadero amigo que llega a la casa es un mensajero celestial que trae el pan y sángelorum.

Cuando Dennis Finch Hatton volvía de una de sus largas expediciones, estaba ansioso por hablar y encontraba a la varonesa también ansiosa de lo mismo, así que se sentaban a la mesa del comedor hasta altas horas de la madrugada, hablando de todo lo que se les ocurría, riéndose de todo. Un grupo de visitantes que representó un papel importante en la granja fueron las mujeres de Farad. Cuando Farad se casó, trajo a su mujer desde Somalia a la granja y con ella vinieron su madre, su hermana pequeña y una joven prima que había crecido con la familia. El círculo de mujeres somalís se completó posteriormente con una muchacha huérfana de madre de la tribu que Farad adoptó. Las mujeres hicieron de la casa de Farad un hogar al estilo de un pueblo nómada que levantaba su tienda de vez en cuando con muchos tapices y colgaduras ornamentadas en las paredes. Les interesaba todo y las cosas pequeñas les gustaban mucho. Dentro de aquel cerrado mundo femenino, detrás

de sus muros y fortificaciones, percibía la presencia de un gran ideal, sin el cual no se hubieran defendido tan valientemente. La idea de un milenio cuando las mujeres reinaran como soberanas en el mundo. En esos tiempos la anciana madre tomaría una nueva forma y se sentaría en un trono como un enorme y oscuro símbolo de aquella poderosa deidad femenina que había existido en el remoto pasado antes del tiempo del profeta de Dios.

Con los amigos blancos que frecuentaban la granja como Berkley Cole y Dennis Finchhatton, las jóvenes somalís se mostraban amistosas, hablaban con frecuencia de ellos y sabían sorprendentemente mucho de sus vidas. Cuando os encontraban conversaban con ellos como si fueran sus hermanas con sus manos escondidas entre los pliegues de las faldas. A veces la baronesa iba con alguna de las muchachas para dar un paseo en coche o hacer una visita. Cerca de la granja vivía una joven australiana casada que era una vecina encantadora, invitaba a tomar el teal a Somalís. Era un gran acontecimiento. Y un día llevó al grupo de jóvenes maometanas

hasta la misión francesa para que vieran la iglesia. Las jóvenes nunca habían visto un edificio tan elevado, mientras lo contemplaban, se ponían las manos sobre la cabeza para protegerse si se les caía encima. A veces había visitantes de Europa que afluían a la granja como restos de un naufragio llevados hasta aguas tranquilas. Giraban y giraban hasta que, al final, volvían mar adentro o se disolvían un día. El viejo Knudsen, el danés, vino a la granja enfermo y ciego y permaneció en ella hasta que murió como un animal solitario. Knudsen, quien aconsejó a la varonesa, quisiera carbón de leña para venderse a los indios de Nairobi, en un momento especialmente malo para la granja. Y también fue él quien ayudó a hacer un estanque que se convirtió en el corazón de la granja. Buyá de vida, rodeado de ganado y de niños y en la estación cálida, cuando los pozos se secaban en las praderas y en las colinas, aparecían los pájaros, garzas, hibis, martín pescador, codornices y docenas de variedades de gansos y patos. El día en que murió llevaba 15 días fuera y nadie en la granja se dio cuenta de que había vuelto. Iba camino de su casa a la mía por un sendero que atravesaba la plantación cuando cayó y murió. Camante y yo lo encontramos tendido en el sendero a la tardecera, cuando íbamos a buscar setas en la pradera entre la hierba nueva y corta, porque era abril, al principio de las grandes lluvias.

[Transcript] Un Libro Una Hora / 'Memorias de África', una fascinante crónica de una tierra inolvidable

Una vez un viajero que durmió en la granja una noche y se fue para no volver, su nombre era Emmanuelson, era sueco y era metro de hotel en uno de los hoteles de Nairobi. Una tarde apareció de improviso en la granja muy inquieto y asustado y pidió dinero a la baronesa para pasar a Tanganica porque si no iba a terminar en la cárcel. Dijo que iba a ir andando, lo que era imposible porque significaba tres días de camino a través de la reserva Masai sin agua y allí los leones además se mostraban muy peligrosos. La baronesa le acogió esa noche y por la mañana decidió llevarle en automóvil las diez primeras millas de su camino.

Emmanuelson al amanecer parecía uno de esos legendarios cadáveres cuyas barbas crecen con rapidez bajo tierra, pero salió de su tumba muy gentilmente y se mostró tranquilo y equilibrado cuando íbamos en el coche. Cuando llegamos al otro lado del río Mbakati le dije que se bajara del automóvil. El día estaba claro y no había ninguna nube en el cielo. Iba hacia el suroeste. Mientras miraba hacia el horizonte apareció el sol rojo pálido. Entre eso cuatro horas estaría el rojo y pegaría con toda su fuerza sobre la cabeza del caminante.

Emmanuelson me dijo adiós. Comenzó a caminar y luego se volvió y dijo adiós una vez más. Un año después la baronesa recibió una carta certificada desde Dodoma de Manuelson. Contenía las cincuenta rupias que le había dejado con una carta larga, sensible y encantadora. Tenía un trabajo como encargado de un bar en Dodoma y le iba bien. Le contaba que los Masai lo habían encontrado en el camino, lo habían llevado con ellos mostrándose muy amables y hospitalarios y había hecho casi todo el viaje en su compañía por muchos atajos. Las besitas de mis amigos eran siempre alegres acontecimientos y en la granja se sabía. Cuando uno de los largos safaris de Dennis Finch Hatton estaba tocando a su fin me encontraba una mañana a un joven Masai apoyándose en una larga y esbelta pierna fuera de mi casa. Bedar está de vuelta, me anunciaba. Estará aquí dentro de dos o tres días.

Para los grandes viajeros la granja tenía su encanto porque era inalterable y allí estaba, llegaban cuando llegaban. Viajaban por bastos países y levantaban sus tiendas en muchos lugares y les gustaba encontrarse con que el camino de la granja seguía siendo inmutable como la órbita de una estrella. Llegaban y se quedaban en la casa, aunque la baronesa estuviera afuera. Dennis Finch Hatton solía hacerlo cuando ella estaba de visita en Europa y en pago por los beneficios de la civilización, los viajeros le traían a la baronesa trofeos de sus cacerías, pieles de leopardo y de gatopardo para hacerse gabanes en París, pieles de serpientes y de lagarto para zapatos y plumas de marabú. Como cuenta Javier Úbeda y Bañez, Karen Blixen regresó a Dinamarca, a su casa de Rungestlund, y encontró el refugio que necesitaba en la escritura, con la que comenzó a darle forma y sentido al lirismo y a la sensibilidad que había traído consigo de su enigmática África. Tenía cerca de 50 años cuando publicó su primer libro de relatos, Siete Cuentos Góticos, en 1934. Primero lo mandó a editoriales danesas e inglesas, pero se lo rechazaron. No se dio por vencida y decidió intentarlo en Estados Unidos bajo un seudónimo masculino, Isaac Dinesen. Había nacido al mundo literario para regalarle a la humanidad algunos de los textos más bellos que se han escrito en la historia de la literatura contemporánea. Los de otras granjas y de la ciudad venían a la casa. Hugh Martin, de la Oficina Territorial, venía de Nairobi a hacerme compañía. Era una persona brillante, versada en literatura

[Transcript] Un Libro Una Hora / 'Memorias de África', una fascinante crónica de una tierra inolvidable

rara del mundo, que había pasado la vida pacíficamente en el Servicio Civil de Oriente. Y allí, entre otras cosas, había desarrollado un innato talento para asemejarse a un ídolo chino inmensamente gordo.

Gustav Mor, joven, de gran nariz, noruego, irrumpió una tarde súbitamente en la casa procedente de la granja que dirigía al otro lado de Nairobi. Era un espléndido granjero y ayudó a la varonesa en las tareas de la granja de palabra y, de hecho, más que cualquier otro hombre en el país. Ingrid Lindstrom iba a quedarse en la granja cuando podía dejar uno o dos días la suya a sus pavos y su huerto de legumbres en lloro. Tenía la piel tan clara como el alma y era hija y esposa de oficiales suecos. La señora Darrell Thompson de en lloro fue a ver a la varonesa cuando los médicos le informaron de que solo le quedaban unos meses de vida. Le contó que acababa de comprar un pony en Irlanda y que había decidido dejárselo cuando se hubiera muerto. El viejo señor Bullpet, al que llamaban en el club Tio Charles, solía ir a cenar con la varonesa, una especie de ideal, el caballero inglés de la época victoriana.

En lo que respecta a Berkley Cole y Dennis Finch Hatton, mi casa era un establecimiento comunista. Se sentían orgullosos de que todo lo que en ella había fuera suyo y traían cosas que creían que le faltaba. Consiguieron que la casa tuviera una elevada categoría en vino y en tabaco y me traían libros y discos de gramófono de Europa. Berkley llegaba con su automóvil cargado de pavos, huevos y naranjas de su propia granja en Montequenia. Les gustaba mucho mi cristalería y mi porcelana danesas y solían montar en la mesa del comedor una alta y resplandeciente pirámide con toda la cristalería. Una pieza sobre otra. Les gustaba verla.

Había algo muy curioso en Berkley y Dennis y es que, a pesar de todo, eran unos sinadaptados. No es que la sociedad los hubiera echado ni que los hubiera expulsado de lugar a alguno en el mundo, sino que era una cuestión de tiempo. No pertenecían a su siglo. No podía haberlos producido otra nación más que en Inglaterra, pero eran ejemplos de atavismo. La suya era una Inglaterra primigenia que ya no existía. En aquella época no tenían hogar, viajaban de un lado para otro y con el tiempo llegaron hasta la granja. Tenían un sentimiento de culpabilidad por haberse ido de Inglaterra como si solo hubiera sido por aburrimiento, esquivando un deber que sus amigos seguían cumpliendo, pero en realidad eran exiliados que soportaban su exilio con buen humor.

Dennis Finch Hatton no tenía otro hogar en África que la granja. Vivía en mi casa entre safaris y allí tenía sus libros y su gramófono. Cuando él volvía a la granja, ésta se ponía a hablar. Hablaba como pueden hablar las plantaciones de café, cuando con los primeros aguaceros de la estación de las lluvias florecía, chorreando humedad una nube de tiza. Cuando esperaba que Dennis volviera y escuchaba su automóvil subiendo por el camino, escuchaba al mismo tiempo a las cosas de la granja diciendo lo que en verdad eran.

Dennis Finch Hatton era feliz en la granja. Iba solo cuando quería ir. Siempre hizo lo que quiso, nunca hubo engaño en su boca. Le encantaba que le contaran historias. Vivía principalmente a través del oído. Prefería escuchar un cuento a leerlo. Cuando llegaba a la granja, preguntaba siempre a la varonesa.

¿Tienes algún cuento?

[Transcript] Un Libro Una Hora / 'Memorias de África', una fascinante crónica de una tierra inolvidable

Por eso ella, durante las ausencias de Dennis, preparaba muchos. Por las noches se ponía cómodo tendiendo cojines hasta formar como un sofá junto al fuego y la varonesa se sentaba en el suelo, las piernas cruzadas y él escuchaba, atento, un largo cuento desde el principio hasta el fin. Dennis Finch Hatton enseñó a la varonesa y a leer la Biblia y a los poetas griegos. Sabía de memoria grandes partes del antiguo testamento y llevaba la Biblia consigo en todos sus viajes, lo que hizo que los maometanos tuvieran una elevada opinión acerca de él.

También me regaló el gramófono. Era una delicia escucharlo. Le dio una nueva vida a la granja, se convirtió en su voz. A veces Dennis llegaba inesperadamente a la casa mientras yo estaba en el cafetal o en el campo de maíz, trayendo nuevos discos consigo. Ponía el gramófono y cuando yo volvía a caballo en el crepúsculo, la melodía llegaba hasta mí a través del aire claro y frío de la tarde, anunciándome su presencia. Como si estuviera riéndose de mí, lo que hacía con frecuencia.

Dennis, Finch, Hatton y la baronesa tenían mucha suerte con los leones. Cuando salían a dar un paseo, los leones parecían estar esperándoles. Podían caerles encima mientras comían o verles cruzar los lechos secos de un río.

Debo a Dennis Finch Hatton, el mayor, el más delicioso placer de mi vida en la granja. Volar con él sobre África. Allí, donde no hay carreteras o hay muy pocas y donde se puede aterrizar en las llanuras, volar se convierte en algo de real y vital importancia en tu vida. ¿Te abre un mundo? Dennis había traído su avión moz. Podía aterrizar en mi pradera de la granja, solo a unos cuantos minutos de la casa y volábamos casi todos los días.

Cuando vuelas sobre las tierras altas africanas, tienes unas vistas tremendas, sorprendentes combinaciones y cambios de luz y de color. El arco iris sobre la tierra verde iluminada por el sol, las gigantescas nubes verticales y las grandes y salvajes tormentas negras que te rodean a toda velocidad, corriendo y danzando. Las fuertes y contundentes lluvias blanquean el aire oblicuamente. El lenguaje se queda corto para expresar la experiencia de volar y tienes que terminar inventando nuevas palabras. Otras veces puedes volar tan bajo que ves los animales en las praderas.

Un día Dennis y yo volamos hasta el Lago Natron, 90 millas al sudoeste de la granja y más de 4.000 pies más abajo, 2.000 pies sobre el nivel del mar. El paisaje entero debajo de nosotros parecía una concha de tortuga delicadamente dibujada. De repente, en medio de todo eso apareció el Lago. El fondo blanco resplandeciendo a través del agua le da cuando lo ves desde el aire un sorprendente, increíble color azulado, tan claro que por un momento tienes que cerrar los ojos. La extensión de agua yace entre la desolada y leonada tierra, como una grande y brillante agua marina.

Mientras bajaban, la sombra azul oscura flotaba debajo de ellos sobre el Lago Azul Celeste. Había miles de flamencos. Al aproximarse, se desplegaban en largos círculos y abanicos, como los rayos del sol poniente, como un hábil dibujo chino en seda o porcelana, formándose y cambiando ante sus ojos. Aterrizaron en la blanca orilla que estaba el rojo vivo como un horno y almorzaron, resguardándose del sol bajo el ala del aeroplano. Mientras estaban almorzando, apareció por el horizonte aproximándose con rapidez un grupo de guerreros más ahí. Debían de estar espiando al avión desde lejos, cuando aterrizó y decidieron verlo de cerca.

[Transcript] Un Libro Una Hora / 'Memorias de África', una fascinante crónica de una tierra inolvidable

Iban en fila India desnudos, altos y delgados, con sus armas resplandecientes. Cuando llegaron, se alinearon, eran cinco en total. Juntaron sus cabezas y empezaron a hablarse entre sí sobre el aeroplano. Pocos minutos después se alejaron en fila India hacia el ancho, blanco y ardiente territorio salino.

Cuando vas sentada delante de tu piloto, sin nada más que espacio frente a ti, te parece que te llevan las palmas estiradas de sus manos, como el Jin llevaba al príncipe Ali por el aire y que las alas son tuyas. Cuando Denis y yo no teníamos tiempo para largos viajes, soleamos hacer un corto vuelo sobre las colinas de Nón, por lo general hacia el atardecer. Estas colinas, que se cuentan entre las más hermosas del mundo, son quizá más bonitas vistas desde el aire. Cuando los lomos desnudos se van levantando hacia los cuatro picos y corren junto al aeroplano y súbitamente bajan y se allanan en un pequeño prado.

Una tarde, cuando la varonesa tomaba el té con unos amigos del interior fuera de la casa, Denis llegó volando desde Nairobi, aterrizó en la granja y le propuso a la varonesa ir a ver los búfalos que estaban paciendo en ese momento en las colinas. Pero la varonesa dijo que no podía.

Iremos, los veremos y estaremos de vuelta en un cuarto de hora.

Me sonó como esas proposiciones que te hacen en los sueños. Volamos bajo el sol, pero las laderas de las colinas estaban envueltas en una transparente sombra marrón en la que pronto nos metimos. No tardamos mucho en poder ver a los búfalos desde el aire.

Cuando los búfalos oyeron el ruido del avión, dejaron de pastar. De pronto, el viejo búfalo se puso delante de la manada, levantando sus pesadísimos cuernos y comenzó a trotar ladera abajo y, al cabo de un momento, a galopar. Le siguió el clan entero, la cabeza baja, en plena estampida hasta meterse en la maleza. En la espesura se detuvieron y se quedaron muy juntos. Allí se creían acubiertos de las miradas, pero no podían ocultarse de los ojos de un paja.

Recuperamos altura y nos alejamos. Fue como entrar en el corazón de las colinas de Engón por un camino secreto y desconocido. Cuando volví a mi té, la tetera que había sobre la mesa de piedra seguía tan caliente que me quemé los dedos al tocarla. En las colinas de Engón vivían también un par de águilas. Denis, por la tarde, solía decir.

Vamos a visitar a las águilas. Una vez había visto a una de ellas posada en una roca cerca de la cumbre de la montaña y luego levantar el vuelo, pero se pasaban la vida en el aire. Muchas veces habían perseguido a una de esas águilas, ladeándose sobre una a la primero y luego sobre la otra. Una vez, Denis detuvo el motor y así pudo escuchar el graznido de la aguil.

Cuando estalló la guerra, mi marido y dos ayudantes suecos de la granja se presentaron voluntarios y fueron a la frontera alemana, donde el Lorde de la Mer estaba organizando un servicio de información provisional. Me quedé, pues, sola en la granja. Pero poco después se comenzó a hablar de un campo de concentración para las mujeres blancas del país. Se pensaba que estaban expuestas a peligros por parte de los nativos. Yo estaba aterrorizada. Pensaba, si voy a un campo de concentración para señoras en este país durante unos meses, ¿y quién sabe cuánto va a durar la guerra? Me moriré.

Los que estaban en la frontera pedían constantemente provisiones y municiones. El marido de la

[Transcript] Un Libro Una Hora / 'Memorias de África', una fascinante crónica de una tierra inolvidable

baronesa le escribió dándole instrucciones para que cargara cuatro carretas de huelles y las enviara a su posición tan pronto como les fuera posible. Su marido le dijo que de ninguna manera debía mandarlas sin que estuvieran a cargo de un hombre blanco, porque nadie sabía dónde estaban los alemanes y los masai estaban muy excitados por la idea de la guerra. La baronesa contrató a un joven sudafricano, pero la noche antes de partir fue arrestado y la baronesa pensó que ella era la única persona que podía hacerse cargo de las carretas para atravesar el país. Estuve fuera durante tres meses. Aprendí a conocer los vados y los pozos de la reserva masai y hablar un poco de su lengua. Los caminos eran increíblemente malos, llenos de polvo y de bloques de piedra más altos que las carretas. Después viajamos más a través de las praderas. El aire de las tierras altas africanas se me subió a la cabeza como el vino. Estaba siempre como un poco borracha y la alegría de aquellos meses fue algo indescriptible. Había participado en safaris de caza, pero nunca como ahora había estado sola entre los africanos.

La extraordinaria adaptación cinematográfica que realizó Sydney Pollack en 1985 se basó en varias biografías de Karen Blixen para contar la historia y muchas de las escenas que aparecen y hasta la relación entre Dennis, Finch, Hatton y ella. No se corresponde con lo que cuenta en este libro. Como señala Isdala en *Memorias de África*, nos encontramos con una protagonista que lo llena todo. Una mujer inteligente, brillante, trabajadora, independiente, sobria, tenaz, audaz, resuelta y hasta temeraria. Una dama afectuosa con los más necesitados, a quien poco o nada importan las normas sociales, que respeta el entorno en el que vive. Una mujer que ama África y a sus habitantes, que aprende de ellos, que intenta comprenderlos. Los personajes masculinos no tienen tanta relevancia y giran alrededor de ella.

La granja estaba un poco alta para el cultivo de café. A veces en los meses fríos había heladas en las tierras más bajas y por la mañana los brotes de la planta de café y sus frutos aparecían parduscos y marchitos. El viento soplaba desde las praderas y aún en los años buenos nunca tenían la misma cantidad de café por acre que la gente que vivía en los distritos más bajos. También andaban escasos de lluvia. Al mismo tiempo los precios del café se vinieron abajo. Los parientes de la baronesa, que tenían una participación en la granja, le escribieron y le dijeron que tenía que vender. La baronesa hizo muchos planes para salvarla. En aquel mismo año las langostas cayeron sobre la tierra, se decida que venían de avisinia, viajaban hacia el sur y se comían toda la vegetación que encontraban a su paso.

Cuando se me acabó el dinero y las cosas ya no eran rentables, tuve que vender la granja. La compró una gran compañía de Nairobi. Pensaron que el lugar estaba demasiado alto como para cultivar café y no querían tampoco otro tipo de cultivos. Lo que querían era arrancar las plantas, dividir la tierra y abrir caminos para con el tiempo, cuando Nairobi se extendiera hacia el oeste, vender la tierra y construir en ella bloques de construcciones. Denis Finchhatton había llegado de uno de sus safaris y se había quedado una pequeña temporada en la granja, pero cuando la baronesa comenzó a deshacer la casa y a preparar las cosas no pudo quedarse allí. Se fue vivir a la casa de Hugh Martin en Nairobi. Desde allí iba todos los días en automóvil hasta la granja y cenaba con la baronesa, sentándose en un cajón con la comida sobre otro. Se quedaban allí hasta muy avanzada la noche.

[Transcript] Un Libro Una Hora / 'Memorias de África', una fascinante crónica de una tierra inolvidable

Cuando estábamos juntos hablábamos y actuábamos como si el futuro no existiera. Nunca se había preocupado mucho por él, como si supiera que podía aprovechar fuerzas desconocidas para nosotros si quería. Cuando él estaba allí, parecía algo completamente normal y a nuestro gusto estar sentado sobre unas cajas de embalaje en una casa vacía. Durante aquellas semanas solíamos hacer cortos vuelos sobre las colinas de engono sobre la reserva. Denis habló de empaquetar sus libros que llevaban muchos años en la granja, pero nunca lo hizo. No se podía decidir hacia dónde iría cuando se cerraron la casa. Llegó a ir en automóvil hasta Nairobi para echar un vistazo a los bungalows que había allí para alquilar, pero volvió tan disgustado por lo que había visto que ni siquiera quería hablar de ello. Había estado en contacto con un tipo de existencia que le resultaba insoportable. Seré totalmente feliz en una tienda de campaña en la reserva Masai o tomaré una casa en la aldea Somali. Denis tenía un trozo de tierra en la costa, 30 millas al norte de Mombasa, en la ensenada de Takahunga. Había construido una casita en aquella tierra. A veces Denis hablaba de hacer de Takahunga su hogar en África y empezar desde allí sus safaris. En el mes de mayo Denis fue a Takahunga una semana. Proyectaba hacer una casa mayor y plantar mangos en el terreno. Se fue en su aero plano y quería volver sobrevolando boy para ver si había elefantes para sus safaris. Denis, que era una persona excepcionalmente racional, a veces estaba sujeto a humores y presentimientos, bajo cuya influencia se quedaba callado durante días enteros o hasta durante una semana. Aunque no se daba cuenta y se quedaba muy sorprendido cuando le preguntabas qué le pasaba. Los últimos días antes de ese viaje hasta la costa estaba de ese humor ausente, como si estuviera en sí mismo, pero cuando se lo dije se echó a reír. La baronesa le pidió que le dejara ir con él, pero Denis pensaba que el viaje hacia boy iba a ser muy duro. Quizá hasta tuviera que aterrizar y dormir en la maleza de manera que le sería necesario llevar consigo a su criado nativo. Se fue el día ocho, un viernes. Espérame el jueves. Volveré para almorzar contigo. Luego se fue para siempre, despidiéndose con la mano. El jueves la baronesa fue a Nairobi. Se sentía inquieta con la sensación de que todo el mundo le evitaba. Fue en el coche hasta la vieja y preciosa casa de Chiromo, al final de una larga avenida de Bambús, y se encontró con una fiesta. Pero todo el mundo parecía mortalmente triste y en cuanto a la baronesa les empezaba a hablar, se callaban. Se sentó al lado de su viejo amigo, el señor Bulpet, que se puso a mirar para el suelo y dijo unas cuantas palabras tan solo. La baronesa decidió volver a la granja, pensando que Denis ya estaría allí. Pero cuando el almuerzo terminó, Lady Macmillan me pidió que fuera con ella hasta su pequeña sala de estar y me dijo que había habido un accidente en Boy. El avión de Denis había caputado y él se había matado en la caída. Muchos años después de aquel día, la colonia siguió sintiendo que la muerte de Denis era una pérdida de la que no podía recuperarse. Algo muy hermoso se produjo en la actitud del colono medio hacia él, una reverencia hacia valores que estaban fuera de su comprensión. Los nativos conocían a Denis mejor que los blancos. Para ellos, su muerte era congojante. La baronesa no pudo ir hasta hoy. Recorde que Denis me había dicho que quería que lo enterraran en las colinas de Engón. Era extraño que no lo hubiera recordado antes, pero es que lo último en que hubiera pensado es que lo iban a enterrar. Ahora lo recordaba con toda nitidez. Hay una vista infinitamente grande desde allí. A la luz del crepúsculo se ven los montes Kenia y Kilimanjaro. Traerían el cuerpo

[Transcript] Un Libro Una Hora / 'Memorias de África', una fascinante crónica de una tierra inolvidable

de Denis en el próximo tren de la mañana, así que el funeral podía celebrarse al mediodía en las colinas. Debía tener su tumba preparada, llovió durante toda la noche y lloviznaba por la mañana. Las rodadas de los carros en el camino estaban llenas de agua. Conducir en las colinas era como conducir entre las nubes. Gustav Moore acompañó a la baronesa. Entre la niebla no fueron al principio capaces de encontrar el lugar exacto. Cuando la niebla despejó, una claridad pálida y fría comenzó a llenar el mundo. Unas veinte yardas más arriba de donde nosotros estábamos, había una estrecha terraza natural en la ladera de la colina. Allí marcamos el lugar para la tumba, con la brújula de este a oeste. Llamamos a los criados y les indicamos que cortaran la hierba con pangas y cavaran el suelo mojado. A primera hora de la tarde llegó el cuerpo de Denis desde Nairobi. Cuando llegaron al último tramo empinado, levantaron el estrecho ataúd que iba cubierto con la bandera y lo trajeron. Cuando lo colocaron en la fosa, el paisaje cambió y se convirtió en su marco absolutamente silencioso. Las colinas se hirguieron gravemente, sabían y comprendían lo que estaban haciendo en ellas. Al cabo de un momento,

se hicieron cargo de la ceremonia. Era una acción entre ellas y él. Denis había escrutado y seguido todos los caminos de las colinas africanas. Y mejor que cualquier otro hombre blanco conocía su terreno y sus estaciones, la vegetación y los animales salvajes, los vientos y los olores. Había observado los cambios atmosféricos, sus gentes, las nubes, las estrellas en la noche. Hacía muy poco tiempo le había visto allí, con la cabeza desnuda bajo el sol de la tarde mirando con los gemelos para descubrirlo todo. Había absorbido el país en sus ojos y en su mente. África le había cambiado, marcado por su personalidad, convirtiéndole en parte de ella. Ahora esta tierra lo recibía, lo tomaba a su cargo y se unía a él. Se leyó un servicio fúnebre. La baronesa y Gustav Mor se quedaron un poco de tiempo después de que los otros blancos hubieran ido. Los maometanos esperaron hasta que se fueran y luego se acercaron a orar en la tumba. En los días que siguieron a la muerte de Denis, sus sirvientes de safari se reunieron en la granja. No dijeron porque iban ni pidieron nada, sino que se sentaron con la espalda apoyada en la pared de la casa, el dorso de sus manos sobre el pavimento, la mayor parte del tiempo en silencio en contra de la costumbre de los nativos. Permanecieron allí una semana, luego uno tras otro se fueron marchando. A menudo iba en coche hasta la tumba de Denis. En línea recta no había más que cinco millas desde mi casa, pero dando un rodeo por la carretera había quince. La tumba estaba mil pies más alta que mi casa. El aire era diferente, claro como un vaso de agua. Vientos ligeros te alburotaban el cabello cuando te descubrías. Sobre los picos de las colinas vagaban las nubes que venían del este, lanzaban su sombra hecha debida sobre la tierra amplia y ondulada, y luego se disolvían y desaparecían sobre la falla grande. La varonesa compró una tela blanca que los nativos llaman americano y Farah y ella levantaron tres palos altos en el suelo junto a la tumba, clavaron la tela en ellos y así desde su casa, la varonesa podía distinguir su lugar exacto como un puntito blanco en la colina verde. Para los hijos de los criados de la varonesa se convirtió en un lugar familiar. Construyeron un pequeño cenador entre los matorrales de una colina cercana. Durante el verano llegó de Mombasa Ali bin Salim que había sido amigo de Denis, se echó en la tumba y lloró al estilo árabe. Un día la varonesa se encontró a Hugh Martin al lado de la tumba, se sentaron en la hierba y charlaron un rato. La muerte de Denis le había afectado profundamente, le contó que durante la noche había hallado de repente el epitafio para Denis. Lo citó en griego, luego lo tradujo para que

[Transcript] Un Libro Una Hora / 'Memorias de África', una fascinante crónica de una tierra inolvidable

la varonesa lo comprendiera. No me preocupa si el fuego se mezcla con la ceniza en mi muerte, para mí ahora todo está bien.

Después de que me fuera de África, Gustav Morr me escribió contándome una cosa muy extraña que había sucedido en la tumba de Denis. Nunca había oído nada semejante. Los Masai me escribió, han informado al comisionado del distrito Dengong que muchas veces, al alba y al crepúsculo, han visto leones en la tumba de Finchhatton en las colinas. Un león y una leona han aparecido allí y se quedan de pie o se echan en la tumba durante mucho tiempo. Después de que te fuiste el suelo que rodea la tumba fue nivelado formando una especie de gran terraza. Supongo que el lugar tan plano es un buen sitio para los leones. Desde allí pueden ver toda la pradera, el ganado, y la casa que hay en ella. La baronesa pensó en ese momento que era justo que los leones fueran hasta la tumba de Denis y la convirtieran en un monumento africano. La gente que había comprado la granja se ofreció a dejar a la baronesa permanecer en la casa el tiempo que quisiera. La baronesa vendió sus muebles pero, después de vender su cristalería, se arrepintió y le pidió a la dama que la había comprado que anularan el trato. Los dedos y los labios de muchos amigos la habían tocado. Le habían regalado vinos excelentes para beberlos en ella, retenía un eco de las antiguas charlas de sobremesa y no quería compartirla. Los libros los empaquetó en cajas y se sentaba o comía sobre ellos. La casa se convirtió en un lugar frío y espacioso, lleno de ecos y la hierba del prado creció tanto que empezó a cubrir los peldaños de la escalera. La baronesa decidió entonces el destino de sus caballos y de sus galgos.

El destino de mis aparceros me oprimía el corazón. Como la gente a quien había vendido mi granja proyectaba quitar las plantas de café y dividir y vender la tierra para construir en ella, no necesitaban a los aparceros y, tan pronto como el acuerdo entrar en vigor, tenían un preaviso de seis meses para dejar la granja. Para los aparceros aquella era una decisión inesperada y abrumadora porque habían vivido con la ilusión de que la tierra era suya. Los nativos no podían, según la ley, comprar tierra y la baronesa no conocía a otra granja lo bastante grande como para tomarlos como aparceros. Les dijo que se fueran a la reserva Kikuyu y que

encontraran allí una tierra. Entonces le pidieron a la baronesa que les ayudara y la baronesa comenzó

un largo peregrinaje que ocupó sus últimos meses en África. Como mensajera de los Kikuyu, fue a los comisionados de distrito de Nairobi y en Kiambu, luego el departamento nativo y a la Oficina de la Tierra, llegando al fin hasta el gobernador, ser Josef Bern.

Fueron los blancos los que convirtieron al país en un protectorado, pero no hay que olvidar que no hace mucho tiempo, en un tiempo que se puede recordar aún, los nativos habían sido dueños de la tierra,

sin que nadie se la disputara y jamás habían oído hablar de los blancos y de sus leyes. Dentro de la inseguridad general de su existencia, la tierra seguía siendo algo constante.

Al final, cuando la baronesa empezaba a creer que se pasaría toda su vida yendo y viniendo a Nairobi

y hablando en las oficinas gubernamentales, le informaron repentinamente de que su solicitud había sido concedida. El gobierno estaba de acuerdo en conceder una parte de la reserva forestal de Dagoretti a los aparceros de su granja. Allí podrían formar un asentamiento propio, no lejos de su antiguo emplazamiento, y después de la desaparición de la granja podrían seguir

[Transcript] Un Libro Una Hora / 'Memorias de África', una fascinante crónica de una tierra inolvidable

conservando sus rostros y sus nombres como comunidad. La noticia de esa decisión fue recibida en la granja con una profunda emoción silenciosa. Al cabo de dos o tres días, el sentimiento de que había terminado mi obra en el país se apoderó de mí y pensé que debía irme. Había terminado la recolección de café, el molino estaba cerrado, la casa vacía y los aparceros tenían su tierra. Las lluvias habían pasado y la nueva hierba crecía alta en las praderas y en las colinas. Las personas de la granja que sintieron más la marcha de la baronesa fueron las ancianas Kikuyu, que soportaban una vida dura y se habían encallecido mucho. Soportaban cualquier enfermedad que mataba a los hombres, eran más salvajes que ellos y todavía más incapaces de la facultad de admiración. Habían tenido muchos hijos y les habían visto morir. No tenían miedo de nada. Llevaban cargas de leña con una correa por la frente para sujetarlas de 300 libras tambaleándose bajo su peso, pero no estaban vencidas. Trabajaban en el duro terreno de sus sambas, dobladas de sol a sol. Su corazón era firme como una piedra, se burlaban del miedo. Las ancianas de la granja y la baronesa siempre fueron amigas. De esos últimos tiempos conservo la imagen de una mujer Kikuyu, sin nombre porque yo no la conocía bien. Venía hacia mí por un sendero en la pradera llevando sobre las espaldas una carga de las largas y pesadas varas que los Kikuyus emplean en construir los techos de sus cabañas. Cuando nos encontramos se quedó muy quieta, obstaculizándome el paso por el sendero, me miraba como una jirafa en una manada que te encuentras en la llanura y que vive, siente y piensa de forma inconcebible para ti. Después de un momento rompió a llorar. Las lágrimas corrían por su rostro como una vaca que se pone a romper aguas en la llanura delante de ti. No dijo ni una palabra ni yo tampoco y al cabo de unos minutos cedió el paso y nos separamos, caminando en direcciones opuestas. Cuando al fin llegó el día de marcharse, la varonesa aprendió la extraña lección de que ocurren cosas en la vida que te es imposible imaginar, sea de antemano o en los momentos en que se producen o después de recordarlas. Gustav Mor llegó en su automóvil por la mañana temprano para ir a la estación de ferrocarril con la varonesa. Estaba muy pálido y parpadeaba. Tomaron el té juntos en la mesa de la Piedra de Molino como habían hecho muchas veces. Me despedí de cada uno de mis criados y cuando me marché a pesar de que habían recibido cuidadosas instrucciones de que cerraran las puertas las dejaron abiertas de par en par. Era un gesto típico de los nativos como si con ello quisieran decir que yo volvería o tal vez lo hicieron para indicar que no existía razón para cerrar las puertas y quedaba igual dejarlas abiertas a todos los vientos. Fará fue conduciendo a paso de camello por el camino y fuera de la vista de la casa. Se detuvieron en el estanque y la varonesa se fumó un último cigar. Sirunga, que era epiléptico, apareció para darle a la varonesa el último adiós. Cuando se metieron en los automóviles otra vez, comenzó a correr tras ellos muy rápido. Corrió hasta donde el camino de la granja desembocaba en la carretera. Se detuvo en la esquina, después de todo pertenecía a la granja. Se quedó allí y les miró durante todo el tiempo que la varonesa siguió viendo el camino de la granja. Muchos de mis amigos habían venido a la estación para despedirse de mí. Allí estaba Hugh Martin, triste y no xalan. Y cuando vino a despedirse, vi a mi doctor Panglos de la granja como una figura solitaria

[Transcript] Un Libro Una Hora / 'Memorias de África', una fascinante crónica de una tierra inolvidable

y heroica, con toda su soledad acuestas. Y fue como un símbolo de África. Se despidieron afectuosamente. Lo habían pasado muy bien juntos y habían tenido muchas y sabias conversaciones. Lorde Lamer estaba un poco más viejo, un poco más pálido y con el pelo más corto que cuando la varonesa tomó el té con él en la Reserva Masai al ir allí con sus bueyes al principio de la guerra, pero seguía siendo tan extraordinariamente cortés como antes. La mayoría de los somalís de Nairobi estaban en el Andén. El viejo tratante de ganado Abdalá se acercó y le regaló una sortija de plata con una turquesa para que le diera suerte. Bilea, el sirviente de Denis, le dijo gravemente que presentara sus respetos al hermano de Suamo en Inglaterra. Las mujeres somalís habían estado en la estación, pero al ver a tantos hombres somalís juntos tuvieron vergüenza y se fueron. Gustav Mor le dio la mano cuando ya estaba en el tren. Cuando el tren empezaba a moverse recuperó su equilibrio mental. Quería darle ánimos con tanta fuerza que se sonrojó. Su rostro llameaba y sus ojos claros resplandecían al mirar a la varonesa. En la estación Samburu de la línea bajé del tren mientras echaban agua a la máquina y paseé con fara por el Andén. Desde allí, al suroeste, vi las colinas de Engón. La noble ondulación de la montaña se alzaba sobre la tierra llana, toda azulada como el aire, pero estaba tan lejos que los cuatro picos parecían insignificantes, apenas distinguibles y muy diferentes a como se les veía desde la granja. La silueta de la montaña fue borrada y nivelada lentamente por la mano de la distancia. Y así les hemos contado Memorias de África de Karen Blixen. Hemos seguido la edición de bolsillo que incluye también sombras en la hierba con traducción de Barbara Maxxer, Javier Altaza y Aquilino Duque. Gracias por estar ahí y gracias por leer. Un libro una hora en la cadena ser. Un programa escrito y dirigido por Antonio Martínez Asensio con las voces de Eugenio Barona y Charo Soria y la participación de Olga Hernán Gómez, Ambientación Musical de Mariano Revilla, edición y montaje de sonido de Pablo Arevalo y en las redes Virginia Díaz Pacheco. Suscríbete a un libro una hora. Todos los episodios y contenidos adicionales en la app de cadena ser y en nuestros canales de Apple Podcast, Spotify, iBox, Google Podcast y YouTube. Escúchanos en directo en las ser los domingos a las cinco de la mañana.